

Juan Carlos Echazarreta

La enfermedad como antídoto

Juan Carlos Echazarreta (Santiago de Chile, 1984) es egresado de Derecho de la Universidad del Desarrollo, Santiago. Colaborador de las revistas *1000 Cabezas*, *Ojo Seco*, *Terminal* e *Intemperie*. Reseñista de cine y literatura en los sitios www.paniko.cl (Santiago) y www.sub-urbano.com (Miami). Fue miembro del programa “Campeones para Chile”, del Club Deportivo Universidad Católica, con dos participaciones en el Orange Bowl (Miami, Florida). Actualmente, participa del taller de cuento del escritor Gonzalo Contreras (Santiago). Blog: chazathedude.wordpress.com
Correo electrónico: echazarreta.rt@gmail.com

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>



El origen del mal

Mi historia con *Hablar solos* (2012), la última novela de Andrés Neuman, comienza y termina con *El mal de Montano*. ¿Qué quiero decir con esto? Que antes de arrojarme a la lectura de *Hablar solos* estaba leyendo –y padeciendo– *El mal de Montano* (2002), la premiada novela del español Enrique Vila-Matas, cuyo título hace alusión a la enfermedad y tormento que acechan al crítico literario Rosario Gironde, álter ego de Vila-Matas, quien asegura estar completamente enfermo de literatura, padeciendo de aquel cuadro infeccioso que Onetti llamó *litteratosi* y que Vila-Matas, en su novela, bautiza como *El mal de Montano*: algo así como un estado de incontinencia *libromaniaca* rampante.

Por razones de salud mental, y porque la novela del catalán de a poco me iba absorbiendo, golpeando, aturdiendo, decidí interrumpir dicha lectura, es decir, dejarla a medio camino, o más bien postergarla para un futuro, digamos, más apacible. Aunque por pusilánime, o por precavido, intentara escamotear los efectos adversos derivados del contagio de una *literomanía* en ciernes, no pude deshacerme de aquellos primeros síntomas que, si tuviera que describirlos, diría que se parecían a poner la cabeza bajo una máquina de coser, y esta, a punta de pinchazos, tratase de devolverle la vida a los retazos exangües de mi corteza frontal, harta de panaceas yerbateras y otros neurotóxicos. Como sea, ya tenía el germen de Montano circulando en la sangre; lo que vendría sería solo cuestión de tiempo.

Así pues, como les decía, cerré *El mal de Montano* y le di la venia para que se tomara un descanso sobre mi velador (en ningún caso quise mandarlo a las estanterías, que es la mejor manera de desterrar un libro). De pronto, casi sin darme cuenta, noté una suerte de construcción libresca que se erigía en mi velador: tres libros apilados, uno encima del otro, todos apoyados sobre los cimientos de *El mal Montano*: el único ejemplar quieto. Petrificado. Clausurado. Sin signos vitales, a pesar de su fachada roja escarlata. Los otros, en cambio, lucían manoseados, llevaban separadores y alternaban, sin orden aparente, el último piso. Los libros que se cuajaban encima de la patología vilamatiana eran: *Hablar solos*, de Andrés Neuman; *Canción de tumba*, de Julián Herbert; y *Sangre en el ojo*, de la estupenda chilena Meruane, doña Lina.

Los citados ejemplares, por cierto, estaban impregnados de cierta familiaridad. Era como si compartiesen el mismo aire, la misma angustia genética, la desesperación de los tiempos y acaso cierta complicidad involuntaria, que dotaba a estos tres libros de una geografía común, de mapas y de conexiones que, inevitablemente, hacían que sus personajes circularan dentro del mismo charco, a pesar del muro infranqueable que levanta el tiempo, el espacio y nuestra mezuquina imaginación lectora.

Geografía de la enfermedad I

Las tres novelas se arrastran en el suelo pantanoso de la enfermedad: ya en la enfermedad de los enfermos; ya en la de los que enferman junto a los enfermos, que, a fin de cuentas, termina siendo la misma. Ya nos advertía Enrique Lihn en la antesala de su muerte: “Hay solo dos países: el de los sanos y el de los enfermos / por un tiempo se puede gozar de doble nacionalidad / pero, a la larga, eso no tiene sentido”. Y cómo no, si el condenado a vivir la enfermedad del desahuciado en calidad de cómplice y testigo y, en ocasiones, de encubridor, está obligado a sobrellevar hasta el final de sus días aquella fractura irremediable que suscita la pérdida, ese lugar hueco que se abre como un abismo, porque los vivos, querámoslo o no, nunca logramos deshacernos del lazo que nos liga a nuestros muertos. Asimismo, resulta inevitable que aquel dolor tan ajeno acabe siendo tan propio (y tan íntimo), sobre todo cuando se trata de una madre (por más puta que esta haya sido), de un marido (por más mezquino que este haya sido), de la mujer que amas (por más que te quiera sacar los ojos). Y para qué decir de los hijos (cosa que, por fortuna, no ocurre en estas novelas).

En este sentido, pareciera ser que vernos de cara a la muerte nos acerca nuestros más bajos instintos, como si quedáramos clamándole a la vida algo que no nos puede dar, y nos persigue una suerte de insatisfacción crónica que nos negamos a aceptar. Dicha afirmación encuentra su correlato en los comportamientos que asumen los protagonistas de estas tres lúcidas y delirantes novelas. Así, por ejemplo, vemos cómo los personajes que protagonizan las tres historias comienzan a manifestar conductas sexuales de lo más *borderline*, por no decir que rayan en lo degenerado, en lo perverso. Así, en *Hablar solos*, donde lo sostenido alcanza su punto más álgido, vemos que Elena, con desespero, se sumerge en una relación con el amante más inoportuno. Y digo inoportuno porque su amante es el doctor de Mario, su marido, quien padece de una enfermedad terminal y está muy pronto a entrar en la categoría de los finados más cornudos de la cristiandad. Así describe Elena, muy gozosa, por cierto, las desviaciones de su amante:

Lo de Ezequiel no encaja en las categorías del porno. Lo suyo es algo distinto. A él le gustan los granos. Los talones sucios. Los movimientos de la celulitis. Los pelos en todas partes. Como esos que se encarnan en las ingles, parecidos a cabezas de alfileres. Hasta los pedos, le gustan. Es algo extraordinario [...]. Me mastica las axilas. Me lame las piernas sin depilar.

[...]

Con Ezequiel me doy permiso para ser común. Vulgar. Fea. Excitantemente fea. (52)

Por mi parte, soy de la opinión de que la impudicia resulta consustancial a la acción de culear, es más, incluso creo que, en ciertas ocasiones, amerita dejarse arrastrar por cierto grado de salvajismo. Sin embargo, la relación de Elena con Ezequiel tiene ribetes marranos, conductas que se acercan a la depravación, al masoquismo, que, claro, en la novela son presentados como desviaciones naturales del oficio de galeno de su amante, lo cual parece totalmente verosímil después de escuchar esta aclaración de Elena:

Hoy, en su casa, me explicó que cada día ve tantos cuerpos secándose, perdiendo brillo, degradándose poro a poro, que ha terminado por excitarse con lo más vivo, con todo lo que rebosa del cuerpo con entusiasmo. Que para él la belleza era eso. (52)

Además, resulta turbadoramente interesante la relación perdón-culpa-traición-placer-venganza que conviven en la narradora: “Soy así, perra: para perdonar algo, necesito arrepentirme de algo peor” (152), esgrime. O: “Entonces tengo unos orgasmos que me estiran los límites de la vida. Como si la vida fuese un músculo vaginal. Quiero vengarme en carne propia” (59). Elena suele ser brutalmente honesta (con su diario), se siente incomprendida y sola, pues Mario, mucho más corto, más funcional si se quiere, no es capaz de adentrarse en su mundo: ni menos comprender su mal de Montano.

En *Sangre en el ojo*, en tanto, Lucina, que tiene un derrame en el ojo que la deja “parcialmente” ciega, se excita pasando su lengua por el ojo de su pareja. Aunque en este caso no aparece como una conducta torcida, sino que Lucina, con la vista obturada, descubre, con angustia, la verdadera sutileza que esconden los ojos: el único órgano de nuestro cuerpo que no envejece.

Por otra parte, podemos vislumbrar que las tres novelas presentan un humor bastante retorcido, que no es más que una respuesta legítima al dolor, y acaso la única manera de hacer viable su vidas infectadas; un humor áspero, recalcitrante, no apto para tontos graves; así, pues, si no sabe identificar la ironía en los siguientes extractos de *Canción de tumba* (escogidos por Patricio Pron) pues, de frentón, le recomendaría que no haga siquiera el intento de leerla:

[...] la nación de los apaches. Cómete a tus hijos si no quieres que el cara pálida, that white trash, los corrompa. La única familia bien avenida del país radica en Michoacán, es un clan del narcotráfico y sus miembros se dedican a cercenar cabezas [...]. La Gran Familia Mexicana se desmoronó como si fuera un montón de piedras [...] no queda más que puta y verijuda nada. En esta Suave Patria donde mi madre agoniza no queda un solo pliego de papel picado. Ni un buche de tequila que el perfume del marketing no haya corrompido.

Ni siquiera una tristeza o una decencia o una bullanga que no traigan impreso, como hierro de ganado, el fantasma de un AK-47. (27)

Y así, suma y sigue.

El lector deliroide I

Leía como un poseso. Agarraba uno y luego el otro, y el otro. Con Julián Herbert deliraba al unísono, era como si ambos aspirásemos el mismo opio: mientras él lo hacía en formato líquido del botecito de Afrin Lub, yo lo hacía en formato papel Mondadori: sus páginas eran mi propio opio. No era raro, entonces, que leyendo a tanto enfermo, drogo y moribundo, a tanto neurasténico retórico, la enfermedad se extendiera a mi persona. Así, el primer ataque que sufrí fue un cataclismo intestinal de la gran puta. Acto seguido vinieron los vómitos, luego la fiebre. Hipertermia que debía soportar con aplomo considerando las temperaturas saharianas que envolvían a la ciudad Santiago durante el primer mes del año. Era como estar en el infierno, o en Guayaquil, ciudad que me evoca el infierno (con perdón de mis hermanos ecuatorianos, que bien saben que me declaro quiteño por antonomasia), o como estar en una clase de Bikram yoga. Lo cierto es que debía hidratarme y lo único que encontré en mi refrigerador fueron unas cuantas cervezas, Quimera, para ser más exacto, unos experimentos de su *masterbrew* (mi buen amigo F. Martínez) dejados en unas botellas sin etiquetar que, sospechosamente, me había obsequiado la exclusividad de catar. Después hube de enterarme de que los inventos contenían once grados de alcohol. Después que las vaciara todas, por cierto. Y así, ebrio, afiebrado, intoxicado con paracetamol (dos días me duró la caja; uno y medio, en rigor), seguí leyendo, viendo monos verdes e insectos psicodélicos, y luego luchando contra una radical paranoia: efecto residual de mis lecturas, claro. Pensé que tenía un tumor en la cabeza, cosas por el estilo: ideaciones satánicas. Obviamente, cuando me sentí un poco más aliviado tuve que retroceder. Releer. Y entonces continué leyendo sin descanso. Siempre de aquella manera tripartita, promiscua (costumbre que todavía me acompaña). En fin. Leía las tres novelas como si fueran una sola, una sola novela con muchas voces, multilateralidad, o bien como una *Antología latinoamericana de la enfermedad en la literatura*.

En algún momento, que no tengo claro cuándo, me miré al espejo y noté que tenía sangre en el ojo. Me miré de nuevo y me vi hablando solo. Luego me pare frente a una repisa de libros y me puse a ojear *El gaucho insufrible*, de Roberto Bolaño, y de pronto me encontré leyendo aquel hilarante y bestial ensayo que el narrador le dedica a su hepatólogo, titulado: “Enfermedad + literatura = enfermedad”. Vaya diagnóstico, pensé.

(Entre paréntesis)

Me detengo en el siguiente interrogante que se formula Elena en *Hablar solos*. Dice: “Me pregunto si, quizá sin darnos cuenta, vamos buscando los libros que necesitamos leer. O si los propios libros, que son seres inteligentes, detectan sus lectores y se hacen notar” (56). ¿Quién elige a quién? That is the question. Pues no lo sé. Aunque, en rigor, me niego a pensar que existan libros dotados de cierta intelectualidad propia, ni tampoco imagino libros desplegando eróticas contorsiones de *vedette* en las estanterías. Que yo sepa, hasta hoy, todavía no he visto un solo libro que sea capaz de refutar la teoría de la relatividad por sí mismo, y, por cierto, dudo que alguno sea capaz de resolver un sudoku si quiera. Y me saco el sombrero ante el ejemplar que acometa la titánica empresa de desmenuzar la teoría del átomo de Cantinflas. Puesto así, difícilmente alguno pueda escuchar (a pesar de que yo esté empeinado en hablarles).

¿Y tú qué dices, Elena? ¿Los libros me eligen a mí, o viceversa?

Silencio.

Un silencio helado. De corte marcial. De morgue.

Veo los libros apilados en mi velador, ¿cómo llegaron hasta aquí?, me pregunto. ¿Por qué esos y no otros? Y entonces me quedo en blanco. Luego en amarillo. En zambo. Finalmente, en negro.

Hablarle a la pared

Las páginas de estas novelas están llenas de vida, de dolor y de ternura. Cargadas de melancolía, de amor, en definitiva, porque la melancolía es un anhelo de infinito, y solo pueden anhelar lo infinito aquellos que aman la vida de un modo irrefrenable. Sí, la nostalgia cae a raudales en estos soliloquios. Nostalgia por lo que se hizo y por lo que no se hizo; por lo que se pierde y por lo que se deshizo. Ese inútil afán por atrapar las nubes. Deseos, miedos y culpas: humanidad pura y dura. Vacío. Abismo. Literatura como escondrijo. Literatura como tumba. Literatura como resurrección. Como disolvente. Como epitafio. Muchos recuerdos y pocas certezas. Honestidad, de la que duele. Delirio. Aceptación. Pues lo que realmente abrumba a estos personajes es el futuro, es decir, la inminencia de la muerte. Por eso eligen encerrarse en el pasado, correr por sus lúgubres laberintos buscando una salida, sabiendo, de antemano, que tal salida no existe. Correr, huir. Y no encontrar nada. Pero correr. De laberinto en laberinto. Sin una gota de luz. De cementerio en cementerio. Pero seguir corriendo. Con el corazón en cabestrillo. En un pasado en movimiento. Cierto, palpable. Porque sabemos que el presente se escurre raudo como una ventosidad en un canasto. Y que el futuro resulta tan incierto como la salud.

De ahí el problema de nosotros los mal llamados escépticos (palabra que suena a hospital), porque, aunque no lo crean, piadosos creyentes, nosotros sí creemos en algo, en algo que nos duele pero que soportamos con aplomo; porque nosotros, los descreídos, y escúchenme bien, piadosos creyentes, creemos que esta vida es la única que tenemos y que, por tanto, nunca nos volveremos a encontrar. ¡Sí! ¡Tal como lo oyen! ¡Nunca! Una vida. Una oportunidad. Sin margen. Por eso nosotros los amamos a ustedes, ¡porque no soportamos la pérdida! ¿Escucharon? ¡Porque cada día los vamos perdiendo un poco más! Y sin embargo los llevamos de la mano a sus entierros ¡A sus litúrgicos entierros! Y sin embargo los seguimos hablando. Y sin embargo. ¿Me escuchan? ¿Aló?, ¿aló...?

“¿Y qué le queda, entonces, señor escéptico?”, irrumpe una voz pleno silencio.

Los recuerdos, contesto enfurruñado, el inalienable e inembargable pasado, ese espacio en donde siempre nos volveremos a encontrar, ese lugar del cual nunca nos despedimos: el único piso en el que realmente somos capaces de trascender abrazados. ¡Esa es la puta y verijuda realidad, piadoso creyente!, aunque a usted le pese.

¿O es que acaso no lo conmueve lo de Mario en *Hablar solos*, que, estando consciente de que va a morir, decide hacerle la vista gorda a su enfermedad para emprender un *road trip* con su hijo, para realizar por primera, y quizás última vez, un viaje juntos, un viaje que los amarre, al menos, hasta que muera el último?

¿O es que acaso no le parece hermoso lo de Lina en *Sangre en el ojo*, que, al perder la vista, lo único que le quedan son los recuerdos, y termina aferrándose a ellos con una fe ciega, pero ciega de verdad, no como la de usted, piadoso creyente, que es más bien miope por conveniencia; bueno, como le decía, Lina, la escritora de los ojos sangrientos que de pronto pierde la vista, y que, a partir de sus recuerdos, logra trazar un mapa, pintar el sublime cuadro de un presente ciego, pero no por eso menos vivo?

O, por último, ¿no le parece desquiciadamente poético, o mínimamente piadoso, lo de Julián en *Canción de tumba*, el hijo lumpen que crece al alero de su madre prostituta, que aprende a sumar en los prostíbulos, y que acompaña a su madre enferma hasta su último aliento. Y termina diciendo: “Mi madre no es mi madre. Mi madre era la música” (117). Y la música nunca termina de sonar!?

Pero claro, qué le digo a usted, piadoso creyente, si usted no hace más que leer la Biblia, como si ahí estuviesen todas las respuestas. Y probablemente bajo su lógica atávica yo me vaya al infierno.

Pero no se preocupe, yo a usted le deseo lo mejor, incluso, para que vea que le tengo cariño, le voy a rezar un padrenuestro. Me lo enseñó el cura Nicanor Parrera de Las Cruces. ¿Cómo le cae? A ver, repita conmigo, vamos, no sea remolón.

Padre nuestro que estás donde estás
rodeado de ángeles desleales
sinceramente: no sufras más por nosotros
tienes que darte cuenta
de que los dioses no son infalibles
y que nosotros lo perdonamos todo.
¡Amén!

Dicho sea de paso

Es preciso advertir que los tres libros pertenecen a escritores jóvenes, literariamente jóvenes, digamos. Porque la literatura es la única rama de la vida en la que a los 45 años todavía sigues siendo joven, puede que tengas impotencia, alopecia avanzada, presbicia, insuficiencia hepática y unas patas de gallo simiescas; incluso, en el caso de las escritoras, puede que estén en franca menopausia y, sin embargo, para la literatura siguen siendo todos jóvenes. Es raro el fenómeno: treintañeros que parecen de 120 años, vírgenes a los 40 (en cuanto a la publicación, digo). Sexagenarios fertilísimos. Octogenarios perdidísimos. Viejos gagás recibiendo premios. O el paroxismo máximo: muertos más prolíficos que los vivos, occisos convertidos en mitos, luego mitos convertidos en superventas. Sobre población de genios *post mortem*.

El lector deliroide II

Se me acabaron las novelas. Las finalicé todas casi al mismo tiempo. No fui capaz de desterrarlas a los estantes del *living*, así que las acomodé en una repisa que tengo cerca de mi cama. Ahora *El mal de Montano* quedaba completamente despejado en mi velador. Afebrado, lo vi respirar, en cortas flexiones, dilatándose, contrayéndose, como un pulmón ahogado. Sentí que tenía una piedra enquistada en la boca del estómago. Me pregunté cuántos días llevaba enfermo y no supe qué responder. Caminé rápido hacia el espejo. Tenía una barba de unos cinco días. Los ojos negros, pura pupila, amenazaban con saltar de sus cavidades a mis zapatos. Pronto supe que el mal lo tenía ramificado hasta los cojones. Casi en pánico me contacté con Julián Herbert y le pregunté si acaso conocía alguna cura para el mal de Montano. ¡Si no sabía Julián qué diablos iban a saber los doctores! Y este me respondió: “¡Híjole, carnal! Siento decirte que la única cura a ese mal es tener hijos en etapa preescolar”. Desde luego no resultó muy alentadora su respuesta. Por lo pronto, lo hijos no aparecían ni en lo más remoto de mis planes. Pero si quería alcanzar una salvación laica debía ponerme de cabeza en busca de la futura madre de mi preescolar. Pensé en llamar a una buena amiga, pedirle que

me arrendara su vagina, el útero, perdón, o que me lo fiara, o que me permitiera pagarlo en muchas cuotas. En fin. Llegar a algún acuerdo vaginal económico. Gracias a la poca sensatez que me iba quedando decliné esa idea tan abyecta. Y con más arrojo que esperanza agarré *El mal de Montano* y decidí terminarlo. Qué más daba. Estaba dispuesto a llegar al fondo. Y mientras leía no podía dejar de escuchar una risa sardónica detrás del texto.

Acabé la novela con espasmos, contraído y contrariado. La prosa de Vila-Matas es absorbente, límpida, sin embargo, ni eso ni nada pudo evitar dejarme un gusto amargo en el hocico. Gusto a cobre. A parafina. A cocaína pateada. Si bien en las tres novelas anteriores me quedé pidiendo páginas, en la del español, en cambio, sentí que sobran demasiadas. Que estaba llena de grasa. El personaje de Gironde es francamente despreciable, un ser intragable, tan ensimismado y tan juicioso y ególatra, y tan apocalíptico, que terminé asqueándome (ni él mismo, creo, es capaz de tragarse). El crítico vive obsesionado con la idea de que él es una especie de ungido para redimir a la literatura de la “no literatura”, es decir, de lo que él encasilla como “antiliterario”. Todavía tiene el desparpajo, el mal gusto y la poca vergüenza de despacharse frases como esta: “encarnarme pues en ella (en la literatura) e intentar preservarla de su posible desaparición reviviéndola, por si acaso, en mi propia persona, en mi triste figura”. Gironde, áter ego de Vila-Matas, permanece atrapado en su triste figura, nihilista y megalómano, intelectual falto de mérito que vive convencido de que solo serían dignos de compartir una tertulia con él tipos como Cheever, Kafka, Montaigne, Gombrowicks, sin haberle ganado a nadie. Muy especial se cree el crítico, muy *under él*, muy posmo. Fome. Fomísimo.

En su defensa, es cierto que sería muy injusto calificar una obra como despreciable únicamente porque su protagonista es un bastardo. No obstante, en este caso, el antihéroe es incapaz de empatizar con alguien que no sea un perínclito intelectual perteneciente al exclusivo parnaso de sus héroes literarios. En definitiva, esta obra solo se sustenta en los diarios de otros autores. Cabe reconocer que Vila-Matas posee una gran habilidad para descifrar el diario de sus autores preferidos, de dialogar con ellos, a través de ellos, de interpretarlos quirúrgicamente. Ahora bien, me parece a lo menos enigmático que este libro haya sido galardonado con el Premio Herralde de la Novela, toda vez que lo que menos tiene es de novela. Y lo poco que tiene de novela no es, precisamente, su mejor virtud. Mucho menos entiendo que comparen a Gironde con el Quijote. Ahí es cuando empiezo a pensar que tan enfermo no estoy. En fin. A Gironde no lo salva nadie. Ni aunque pretenda encarnarse en la mirada de Musil, ni aunque intente refugiarse en la “intocable” Praga, tal como él señala. Con todo, los llamados

a salvar la literatura somos los lectores. También los escritores, desde luego, pero a partir de su experiencia como lectores.

Por suerte, no necesité llamar a mi amiga, ni traer preescolares espurios a la vida. La solución resultó mucho menos costosa de lo pensado. Y bastante más simple de lo que ironizaba Julián Herbert. Yo mismo, casualmente, descubrí el remedio: Para liberarse del mal de Montano hay que terminarse *El mal de Montano*. Llegar hasta el último punto y luego desterrarlo a los estantes de los libros insanos.

Al fin estaba sano y libre. Sin ganas de leer. Por un par de días.

Nota al cierre

Pienso que Roberto Bolaño no se aventuraba cuando vaticinó lo siguiente:

Tocado por la gracia. Ningún buen lector dejará de percibir en sus páginas algo que solo es dable encontrar en la alta literatura, aquella que escriben los poetas verdaderos. La literatura del siglo XXI pertenecerá a Neuman y a unos pocos de sus hermanos de sangre. (150)

Sin duda la familia de Neuman ha sumado dos nuevos miembros: Lina Meruane, su hermana mayor; y Julián Herbert, su loco hermano mexicano.

Obras citadas

Bolaño, Roberto. *Entre paréntesis*. Barcelona: Anagrama, 2004.

Herbert, Julián. *Canción de tumba*. Barcelona: Random House Mondadori, 2011.

Neuman, Andrés. *Hablar solos*. Bogotá: Alfaguara, 2012.

Vila-Matas, Enrique. *El mal de Montano*. Barcelona: Seix Barral, 2012.